

Editorial

El marxismo en la era Gorbachov

Aunque el centro de gravedad del marxismo se situó en la crítica del capitalismo, y en el análisis de las condiciones que provocarían su caída, la doctrina como es natural contiene numerosas predicciones sobre la revolución proletaria y el tránsito hacia la sociedad sin clases que ella debía inaugurar. Escritas originalmente como proposiciones acerca del futuro, luego de siete décadas de socialismo marxista en un área vasta y creciente del mundo, hay ahora amplias oportunidades de someter aquellas predicciones, encuadradas como se hallan en la pretensión de Marx de haber sentado las bases de una teoría científica del socialismo, al supremo tribunal de la experiencia.

Hay jalones en la historia del socialismo que van facilitando esa confrontación de manera dramática. Tal vez el primero de esos jalones se haya concretado con el discurso de Nikita S. Jruschov al 20º Congreso del Partido Comunista de la URSS, hace apenas más de 30 años. El segundo, pisando los talones del primero, advino con el resquebrajamiento del bloque sino-soviético, puesto de manifiesto con el segundo viaje a Beijing del propio Jruschov. Ambos son, pues, ubicables en la era Jruschov de la historia del socialismo marxista. El tercero acaba de ser aportado por el discurso de Mijail Gorbachov a la sesión plenaria del Partido en enero de este año, justificando que usemos su nombre para designar la etapa corriente de la evolución del socialismo.

Cada uno de esos jalones posee implicaciones diferentes, aunque su efecto es acumulativo. El discurso de Jruschov de 1956 hizo reventar los mitos gemelos de la infalibilidad del liderazgo soviético y de la impeccabilidad de la revolución. Episodios tales como las purgas moscovitas y el exterminio de los campesinos refractarios ya no pudieron ser vistos como ineluctablemente impuestos por la ley suprema de la salvación revolucionaria. Se supo que la revolución podía equivocarse, y hacerlo de manera trágicamente sangrienta. Toda posibilidad de una teodicea marxista quedó hecha añicos.

El enfrentamiento sino-soviético vino a probar a su vez que la trayectoria concreta a ser descrita por la revolución dependía en buena medida del liderazgo y sus ideas, por oposición a las condiciones objetivas de la forma socialista de producción. Para Marx, la eliminación de la propiedad privada y de la infraestructura capitalista en general debía conducir necesariamente a una sociedad transicional hacia el paradigma sin clases, cuyos rasgos se hallaban determinados por las leyes del materialismo dialéctico. Los hechos demostraban que las sociedades transicionales podían ser por lo menos dos, más aún, que podían hallarse reciprocamente en aspera oposición, y acusarse mutuamente de traición. La idea misma de socialismo científico, objetivamente determinado, quedó malherido.

La ciudadela marxista había ido perdiendo bastiones,

pero quedaba en pie su principal reducto, a saber, una cierta antropología, una concepción del hombre según la cual la vertiente antisocial de su personalidad se apoya esencialmente en la institución de la propiedad privada. Potencialmente el hombre está en condiciones de convivir con sus semejantes en paz y libertad, sin necesidad de coacción ni represión, al punto de que el estado mismo terminaría por volverse obsoleto. Para ello, según el marxismo, bastaba con socializar la propiedad y aguardar un tiempo prudencial. Ahora es este optimismo antropológico el que el Sr. Gorbachov acaba de dejar maltrecho.

De acuerdo con la antropología clásica marxista, la tendencia del hombre a obrar de manera antisocial, egoista, groseramente sensual, su ceguera respecto del interés público, su frecuente propensión a la corrupción, su inclinación a autodestruirse mediante el consumo de alcohol y drogas, incluso la caída de numerosos individuos en la delincuencia, era un reflejo de las diversas formas de producción que fueron sucediéndose desde el momento que la humanidad abandonó la condición feliz pero ruda, inocente pero estancada, del comunismo primitivo. El surgimiento de la propiedad privada es una suerte de pecado original, con el cual el mal, para decirlo con el lenguaje tradicional, irrumpió en la historia. Entonces la lucha de clases se desencadena, la misma que ha de conducir en definitiva a su culminación en la revolución proletaria. La humanidad accede al progreso al abandonar el comunismo primitivo, pero al duro precio de romper la armonía que originalmente había reinado entre individuo y sociedad, entre sociedad y medio ambiente, entre fines y medios de la actividad económica. El hombre permanece un extraño en medio de las contradicciones de la sociedad clasista, pero nunca es tan grande su desarraigo, su alienación, para decirlo con el término que Marx tomó de Hegel, como en la sociedad burguesa. El vicio y la corrupción, el egoísmo y la violencia, la angustia y los impulsos autodestructivos no son más que estigmas de la alienación, y se desvanecerán junto con ésta cuando la revolución proletaria socialice la producción y con ello ponga a la humanidad en el camino de la sociedad sin clases.

Sin duda, la antropología marxista clásica reconocía la necesidad de un periodo de transición hacia el hombre plenamente realizado del paradigma comunista, pero esa sería con seguridad una ruta en permanente ascenso, libre de accidentes y sorpresas. Este es el principio que el discurso del Sr. Gorbachov pone crucialmente en tela de juicio.

"En una determinada etapa el país", nos informa el líder soviético, "comenzó a perder el ritmo de su avance, empezaron a acumularse dificultades... y aparecieron el estancamiento y otros fenómenos ajenos al socialismo". Qué sentido pueda tener afirmar que ciertos rasgos de la

sociedad soviética son "ajenos al socialismo" plantea de por sí un difícil problema, particularmente en un contexto no idealista. Sería propio de Platón tal vez sostener que existe una forma perfecta del socialismo, independiente de la experiencia, a la cual la sociedad soviética a veces se aproxima, y otras veces se aparta, pero ciertamente no sería propio de Marx, ni sería congruente de parte de ningún marxista afirmar que el socialismo es algo distinto de lo que una sociedad posrevolucionaria nos muestra. Pero dejemos por esta vez esta faceta tan interesante de la exposición del Sr. Gorbachov, a la vez que recurrente en ella, para concentrarnos en las trascendentales revelaciones que nos formula sobre la involución ético-social experimentada por el hombre soviético. Allí se nos da cuenta de que el alto tono moral que había caracterizado al pueblo soviético, su entusiasmo laboral y su patriotismo comenzaron en cierto momento a sufrir erosión. En concreto, no sin sorpresa le oímos reconocer, "decayó el interés hacia los asuntos de la sociedad, surgieron la falta de espiritualidad y el escepticismo, disminuyó el prestigio de los estímulos morales del trabajo, aumentó el número de personas, incluidos jóvenes que ven el único objetivo de su vida en alcanzar el bienestar material, además por cualesquiera medios". El discurso continúa haciéndonos saber que los culpables de tales actitudes llegaron a hacer alarde de ellas con creciente cinismo, con lo cual promovieron la general desmoralización y la inclinación al consumismo. Y culmina este azorante capítulo expresando:

"El aumento del alcoholismo, la drogadicción y la delincuencia constituyeron una manifestación del declinamiento de la moral social. El menosprecio de la ley, el embaucamiento, la corrupción, el estimular el servilismo y la adulación tuvieron un efecto funesto en el clima moral de la sociedad."

Todas las citas están tomadas **verbatim** de la versión completa del discurso aparecida en "El Popular" del 13 de febrero, lo que excluye el peligro de una deformación deliberada del pensamiento del líder comunista.

Hemos aludido a la sorpresa con que nos enteramos de las revelaciones del Sr. Gorbachov. Seríamos insinceros si diéramos a entender que fueron los hechos divulgados los que causaron nuestro asombro. Lo que si lo suscitó es la forma abierta con que el Sr. Gorbachov registró admisiones que contradicen de manera frontal las predicciones del marxismo sobre la sociedad posrevolucionaria y de modo general la antropología oficial de la doctrina. Implicitamente es preciso que ella haya experimentado, o esté en vías de experimentar, una transformación profunda.

Si el marxismo resulta ser a la postre una doctrina susceptible de tal género de cambio, y no una ideología definitivamente cristalizada, su etapa gorbachoviana va a ser digna de seguirse con interés.